

PERIFERIA

EL JUDAS DE LANZA DEL VASTO

Lanza del Vasto, poeta, filósofo y gran novelista, según reza con verdad la solapa de su libro, nos presenta un Judas humano y a la vez tipo; toda herejía, toda inútil y desesperada soledad, toda traición, toda perversión de saber y de amar están retratadas en él.

Emprende el camino estrecho de la virtud y el ascetismo, se iguala en renunciación y sacrificio a Juan, el del desierto, para demostrar que "Lo que Juan hace, Judas también sabrá hacerlo". Se viste de humildad como todos los soberbios y egoístas. Deja creer a los buenos y puros de corazón en esa humildad. "Y Judas se regocijaba en su corazón porque el profeta lo había tratado de igual a igual.

Tiene el falso pudor de los débiles y pusilánimes. No resiste la mirada del amante, mirada que desea y no resiste porque lo disuelve y desintegra. No tiene en lo hondo nada con que responder, nada a fundir con el ojo que lo mira y que lo ve.

Toda su vida es un puro no amar, o mejor, un amor de Judas. Registra todas las cegueras del que quiere y aun cree amar. No sabe lo que quiere. Está consubstanciado en incomprensión de amor. "Justamente por eso, Juan, te amo. No amo a los buenos".

Soporta las fatigas de la virtud, sabiendo que no es virtud en él, justificándose por soportarlas. Halagado por ello. "A fuerza de estar solo y de discurrir consigo mismo, Judas era cada día más célebre en su corazón".

Miente, éste es el núcleo de toda su esencia de traidor, de hereje, de no amigo, de no humilde, de no amante, de no hombre en soledad. "He aquí al que miente cuando ayuna y cuando reza; el que miente cuando calla; al que, solo en el desierto, miente; desnudo en el umbral de la muerte, miente". Lo que él cree su autenticidad es una nudosa y retorcida sucesión de mentiras. La ropa, disfraz. El gesto, careta. Su misión, trampa burda. La vida toda, falsificación y estafa. Lo peor, su crítica a la inautenticidad de los demás, de los que no la tienen porque advierte, fino, la carencia. De los demás, los pocos que la poseen, porque son neuróticos, fanáticos o locos.

Pervierte su relación con los niños. O los ama carnalmente o los busca como a representantes de una pureza que no tiene y que no acepta sino en ellos. No existe, para él, la pureza en el que vive y ha vivido.
Judas no comprende.

Reniega de María de Magdala la mujer a quien creyó conocer antes que Jesús y que Jesús poseía desde siempre. Cuando ella sale, limpia la cara de afeites, vestida de resolución, anidada en pureza, Judas la abomina en sus pensamientos, proyecta gozarla ahora. "Para vengarse de no poder menos de ver que María no Magdala se había convertido en otra".
Judas no comprende.

Y un sueño tuvo: "Judas era sordo y ciego y Jesús lo llamaba; Judas no lo oía ni lo veía porque era sordo y ciego; y sin embargo sabía que el Señor pasaba y llamaba a todos, y llamaba a Judas por su nombre; y de los muros de las casas, de los lechos, de las tumbas, todos los hombres, los

sordos, los ciegos, los enfermos, los muertos, se levantaban para seguirlo; y Judas quería levantarse para verlo al menos; pero entonces supo que estaba paralítico y que sus miembros se negaban a obedecerle y respiraba hondo y sudaba de angustia.

Mas habiendo despertado, rió, pues la mañana repicaba en las calles, y podía estirar las piernas a gusto. Siempre los Judas que andan por el mundo rien luego ante su estómago o su cabeza —da lo mismo— ciegos, sordos, para todo otro valor. Y Judas rió.

Judas no comprende.

Sigue su paralelo calvario “al revés”, labrando el camino negativo hacia su crucifixión y muerte. Labrando su vida engarzada en odio.

Ve por primera vez a Jesús. “Sus ojos eran una llama de agua y miraban en la multitud, a él solo”. Comienza cada uno a cumplir su destino en la profecía. Judas se le acerca un poco azarosamente. Jesús se le acerca decidido y lo saluda con un beso. Queda armado discípulo, siempre así surgieron los Judas de entre los dilectos.

Y ama a Jesús con odio, especulación, celos, envidia, “único hombre de un consejo de estatuas”. No ama a los condiscípulos que le disputan la preferencia del amado pero hace como si los amara, adopta aires de inocente, querría gustarles, gozar de su estima. Siempre los Judas tratan de ser preferidos, consultados, estimados, considerados por su discreción y mesura; aun sin tener en nada el juicio del que los considera, estima, prefiere y respeta; disfrazando su mofa con solicitud y ternuras.

Judas gusta de afearse ante los demás, de sobresalir por algo, por su confianza. Siempre hay un Andrés que escucha. “Y sin embargo sabía que una vez solo se encontraba mejor que antes”. También los Judas se encuentran mejor solos. En esto se asemejan a los buenos de la soledad. Hombres auténticos que necesitan de su soledad para relacionarse esencialmente con las cosas, con los hombres, con Dios.

Judas es filósofo. De los doce, el que sabe. El que enseña y escribe. Y pervierte el saber, deforma cuando enseña, oculta sus escritos.

Si los otros se amaban, Judas malentendía su amor, (¡Ay de los psicólogos que se olvidan del hombre!).

Judas perdona los pecados, tiene ese poder pero, hunde con sus amonestaciones al penitente, se regodea con la pintura de los pecados, arremete contra el candor y la inocencia. “Así es como Judas asumía los pecados del mundo”.

Judas hace milagros, pero le molesta, no soporta sentirse instrumento de un poder que desconoce, un instrumento enteramente igual a cada uno de los doce que los hacen a pesar de su ignorancia, a pesar de su simplicidad.

Comienza entonces la pesada e inútil tarea que continúan todavía hoy tantos Judas que ambulan por el mundo: sembrar la duda y el temor. Sin embargo, cada vez se aparta con restos de palabras que lo asedian en su resentida soledad.

Sigue la paralela destinación. “Desde ese día hubo dos que se mantenían apartados y los otros los esperaban y servían con veneración: Jesús y Judas”. Jesús en soledad penitente sufre agonías de muerte porque tiene presentes los vicios y virtudes de los hombres. Los ama. Judas en soledad perversa y halagüeña, llena de regalos que lo entretienen y desvían. No ama. Nadie está presente en su corazón.

!Judas es sensato!: Se pregunta mil veces y no entiende la conducta del Maestro. Hace cálculos, proyecta formas de acercarse a la masa y dominarla. Golpes de efecto. Milagros estratégicos. “¿Pero quién querrá creer en Jesús si se presenta encorvando los hombros?”.

Vuelve a encontrar a María de Magdala. Se adelanta a los otros para verla y la mujer lo cree emisario, le pregunta "¿Dónde está?".

Judas no comprende.

Visitan a Lázaro. El ordenado y prudente. El que ama a Jesús con sensatez. El que cuida y dispone su casa para Aquél a quien espera desde siempre, Jesús. A Marta, la que limpia, friega y cose. La que ama a Jesús en los objetos. A María, la amante, la perdonada, "la que había crecido distraída", amando en todos a Jesús desde siempre. A los tres que se desvían de Judas.

Judas abandona a Jesús; última etapa en los andares del auténtico y del que no llegó a comprender. Jesús se humilla, es traicionado. Pedro lo niega. Judas sólo cumple. Las profecías se hacen carne en su obra —Crucificalo— Cristo ha muerto.

Judas quiere probarse su libertad. Disculpase a su mirada. Justificarse. "Si soy libre de hacer soy también libre de no hacer. ¿Quién me dirá que no soy libre de ordenarme no hacer? No iré, no por miedo a obedecer o no obedecer, ni por razón, ni por deber, ni por gloria, sino por no forzar mi libertad de no hacer". Y fué.

Sube al monte de los olivos, cae por tres veces, los guardias lo obligan a seguir. Sangra. Llega por fin. Flaquea. Cristo se entrega.

Todos bienaventurados pero nunca ya Judas que "no llora, no consuela, no huye, no hiera. Mira y calla. Para toda la eternidad es el que mira y calla".

Judas bebe el cáliz hasta la última gota. Nada producto de su acto, retazo de humanidad. Ora, grita, se retuerce ante ese Dios a quien sigue sin entender. Porque Judas es fundamentalmente el que no comprende: "Nací desventurado. Busqué el placer y encontré el asco, busqué el conocimiento como un insensato, busqué la santidad y fui más ruin... Me has vencido; no lo bastante para que te llame en mi ayuda".

Arrastra su cruz y en ella la de todos los Judas del mundo. Asume todos los pecados este enorme Cristo negativo, que ama por lo que no debe, que no cree porque piensa, que no ama porque no comprende. Puro desencuentro y no amar. Tierra seca en que todo se achaparra y demasiado húmeda que todo lo pudre. Gran maldito. Demonio que cumplió con su inautenticidad. Filósofo o poeta de la nada, ¡Judas!

M. M.